

LIBROS

La angustia de la frustración

Recorrido en todo el discurso narrativo por un lenguaje austero, alejado de articulaciones gratuitas, simple, sometido a las pulsiones exclusivas de la anécdota, sugerente con respecto a la ambigüedad que muchas veces provoca en el lector, *Angustia* (1), del brasileño Graciliano Ramos, narra el proceso de silenciosa y profunda disolución moral y física del personaje central, ya anti-héroe, Luis da Silva, combinación de otros tantos anti-héroes, que se extienden a lo largo y a lo ancho de la novela contemporánea. Publicada exactamente setenta años más tarde que *Crimen y castigo* y seis antes que *L'Étranger*, *Angustia* (1936) sintetiza en su protagonista, Luis da Silva, todas aquellas tensiones que hicieron confesar a Raskolnikov/Dostoyevsky, a Meursault/Camus e, incluso, a Juan Pablo Castel/Sábato, insertándose al mismo tiempo en la más estricta cosmovisión existencialista.

Angustia es también, desde una perspectiva conceptual, la definición del sentimiento de frustración que arrastra al hombre contemporáneo hasta la soledad, espiral del vacío y callejón sin salida de un catálogo de anécdotas que Ramos va colocando en el camino determinista de su personaje, convocando recuerdos y trastocando episodios en la larga confesión, monólogo al fin que tal vez tampoco descargará la conciencia del hastío y la paranoia que lo dominan. Los personajes de *Angustia* son efecto de la extraña locura de Silva: insisten en ella, ejercen una influencia inquietante y demoleadora sobre él, involucrándose paulatinamente en el desasosiego que rige la confesión y deviniendo de marionetas en agentes directos y aplastantes del

(1) Graciliano Ramos: *Angustia*. Traducción de Cristina Peri Rossi. Alfaguara Ediciones. Madrid, 1978. 272 páginas. (La primera edición de la obra es de 1936.)

propio Silva. Así, todas las elucubraciones del protagonista están en función de las necesidades de la narración y aquellos personajes secundarios irán siendo utilizados por el autor/protagonista en una escala que alcanza su "climax" definitivo en el final de todas las pulsiones encontradas y cruzadas en el camino de Silva.

El interés del relato viene dado precisamente por el entrecruzamiento de esas anécdotas que dan vida a los personajes secundarios (siempre ejerciendo función de relación) y que muchas veces son pura ficción, delirio, reflejo onírico, memoria invertida de cosas que Silva eleva, en su narración, al catálogo de su angustia, a través de cuyo filtro adquieren nitidez real. Ese es también el eje central de la estructura que concatena todos los episodios referenciales del texto, el juego arbitrario de la colocación de los hechos secundarios en la totalidad de la obra que, empero, responden a una lógica interna que es la base de la comprensión de *Angustia* como novela psicológica.

Marina, personaje femenino, juega aquí el papel de contrapunto y no empuña para nada la actitud agresiva y dolorida de Silva. En la recompensa de la trama, Marina es sólo la excusa, la sombra que se va cargando de conceptos que agravan aún más la situación desesperada de Luis da Silva, condenado de antemano a cometer un crimen que el lector nunca sabrá si fue o no cometido en la realidad, porque las brumas del relato difuminan parcialmente la claridad de algunos episodios. Se adivina, sin mucho trabajo, que Ramos ejecutó conscientemente esta ambigüedad, dando una mayor tensión al relato a través de esa niebla expresiva que descansa en la primera persona de la narración.

Ambigüedad, humor, crítica, imaginación, personalización del autor en el interior de todos los pensamientos del protagonista, parodia de un mundo provinciano que encierra el principio y el fin de la frustración y que condena al padecimiento sudoroso de la angustia a sus parroquianos. Y es, al mismo tiempo, la denuncia de ese mundo cortado, mezquino, degradado, cerrado, que existe por igual en todas las partes del planeta. En reali-



Graciliano Ramos.

dad, lo que Graciliano Ramos pone en práctica es el juego de la marginalidad existencial que Camus institucionalizará a través del principio del absurdo, de la inutilidad de la existencia. Visión del mundo contemporánea, que está ya incluida en la concepción clásica de un tiempo determinado, el nuestro, cuyas pulsiones belicosas no inducen, por paradoja, ni a la alabanza épica ni a la moralina religiosa, sino a ese determinismo nihilista que Ramos ha sabido retratar en Luis da Silva. ■ J. J. ARMAS MARCELO.

Cain en la Arcadia

El villano permaneció en su rincón, quedó el vergonzoso en palacio, y Cain fue a la Arcadia para recuperarla y poblárnosla con dioses contemporáneos. Ca(b)rrera In(f)ante —¿hace falta decirlo?—, nuestro Cain particular, sabedor de *Carteles* y de *Oficios del siglo XX*, regresó un mito a la tierra de los mitos. El metamorfoseante Ovidio situó la Arcadia en el Peloponeso y aclaró que le vino su nombre del rey Argos. La Arcadia de Cabrera Infante, la Arcadia cainita, es ageográfica y sin mandatario. Lope también visitó la Arcadia, pero la llenó de ridículos Anfrisos y Belardos que corrían por praderas al son de caramillos y púdicos amores... Nuestro Cain cubano, tras una *vista del amanecer en el Trópico*, cogió tres tristes tigres por sabuesos y emprendió la cacería de mitólogos profesionales. Rastreo el pasado y, en un mágico *exorcismo de estilo*, asesinó el tiempo ido para devolvernos una nue-

va Arcadia (1). Aclaremos más.

"La Arcadia fue para los antiguos algo más y algo menos que el paraíso. Era la tierra prometida, pero estaba habitada por dioses y animales prodigiosos, y toda la perfección acumulada por el hombre: la belleza y la Ilusión, y la poesía de la vida. Era también la tierra del dios Pan, perdida para siempre. Cuentan que en tiempos del Emperador Tiberio, en una nave que pasaba por la paradisíaca isla de Paxos, unos viajeros griegos y romanos oyeron un grito que declaraba: ¡El gran dios Pan ha muerto!, queriendo decir que había nacido Cristo y que el fin de los días del paganismo se acercaba. Así se perdió Arcadia. Ahora, en ocasiones paganas, la recobramos en la oscuridad del cine"... Queda claro: el cine es la Arcadia de Cain.

Muerto Pan, Cain, en otro desacato a la deidad, se aplicó a la tarea de suplantarlo y erigir nuevos dioses. Proviene de una sucursal de la Arcadia en la Tierra: Hollywood. Allí el celuloide ha sustituido a las guirnaldas, focos y grúas reencarnan el lumínico y aéreo carro de Faetón, la moviola se equipara a la fragua de Vulcano, los "travellings" son tan veloces como los alados pies de Mercurio, la pantalla es la nueva fuente de Narciso, hay músicos que orquestaban bandas sonoras como en un concierto de sátiros y nereidas... La ilusión es la misma, idéntica la fantasía. De Hollywood a la Arcadia llevó Cain una pentagonía. Estos son los nombres de los nuevos dioses: Orson Welles, Alfred Hitchcock, Howard Hawks, John Huston y Vincente Minnelli.

Como la antigua, la otra Arcadia, esta que nos descubre Cain también cuenta con sus animales prodigiosos: Bogart, Marilyn Monroe, Jean Harlow, Fred Astaire, Kelly, Kim Novak, Peck, Hepburn, Bette Davis, Leslie Howard, etcétera. Y no sólo eso. Los nuevos dioses cainíticos emulan a sus ancestros mitológicos en las artes de la metamorfosis. Así, por la gracia —más jocosa que divina— de Cain, Welles se transforma en una ballena que nunca soñó Melville; Hawks es un halcón que tuvo a su lado a un ilustre halconero: Faulkner; Hitch-

(1) "Arcadio todas las noches". Cabrera Infante. Seix Barral. Barcelona, 1978.

cock es un becco que provoca una enfermedad que se da en llamar vértigo y suspense; Vincente Minnelli —que no escatima ninguna "n"— puede ser un pingüino inteligente, un canario que baila, una amable cacatúa que canta bonito, o un centauro mitad cebolla —por las lágrimas— mitad música... Este bestiario podría hacerse tan insospechado como un relato de Cortázar deambulando por ahí. ■ SABAS MARTIN.

La resistencia antifranquista

En la colección Textos, de Planeta, "Historia de la Resistencia Antifranquista", de Víctor Alba, continuación de otro libro del mismo autor, "La oposición de los supervivientes". Abarca el libro el período que va desde el 39 al 55 y contiene, sin duda, un valioso material que el español medio desconoce.

Pese a que el volumen se titula

"Historia de una Resistencia", es evidente que, a menudo, más que eso es el relato de los conflictos entre las distintas fuerzas políticas que animaron el antifranquismo. Recordemos los problemas producidos dentro del Frente Popular y los sangrientos episodios que acabaron liquidándolo. Si a esta historia añadimos la victoria del franquismo y el restablecimiento de una lucha antifascista, en la que a las divisiones ahondadas por la experien-

cia de la guerra se añadía la pugna entre "interiores" y "exiliados" de un mismo partido por conquistar su dirección, no debe sorprendernos que la relación entre las fuerzas de la oposición haya exigido del autor tanta o más atención que el mismo combate contra el fascismo.

De hecho, y los materiales reunidos por Alba lo prueban hasta la saciedad, la izquierda española dedicó muchos años de su exilio a perfilar la "alternativa" que en cada momento creyó más oportuna. Sólo que para que esta "alternativa" fuera una realidad, tenía que ser derrocado, previamente, el régimen existente; y este punto, ya sea porque realmente los dirigentes del exilio operaban distanciados de la realidad interior, ya sea porque toda su confianza, al menos durante algún tiempo, estuvo depositada en que la victoria de los aliados era incompatible con la supervivencia de la dictadura, nunca estuvo claro. A una política que tendía a prorrogar en Méjico o en París los debates que escindieron a la izquierda durante la guerra civil, se oponía el rigor y la habilidad del franquismo, implacable con sus enemigos del interior y dispuesto a aprovechar la "soledad" que se le imponía al país para montar respuestas masivas, en las que el patriotismo se convertía fácilmente en franquismo desatado.

En el libro de Alba están muchos de los capítulos de la Resistencia: los primeros comités de los distintos partidos, sus "caídas", la UNE, las guerrillas, la Alianza, la gestión del Gobierno del exilio, la historia de numerosos combatientes, casi siempre fusilados, el juego de los monárquicos... temas que nos ayudan a entender el presente, del todo coherente con las soluciones que, ya en los años cuarenta, visto que la victoria aliada no suponía la caída de Franco, auguraban el único futuro aceptable para las dos partes —salvo sus alas más radicales, claro— en conflicto. Las conversaciones entre el grupo juanista y los representantes de la Alianza Nacional de las Fuerzas Democráticas —a la que pertenecían de hecho todos los partidos importantes de la izquierda, incluida la CNT— son un anticipo de lo que ha sucedido luego y sucede actualmente, cumpliéndose en todo cuanto en-

ADIOS A LAS LETRAS

Un español en Colliure

A los españoles les gustó decir, mientras duró la oprobiosa, que el más solitario de los exiliados fue don Antonio Machado. Todos hicieron promesa de acompañarle de vez en cuando en el retiro interminable de Colliure, donde el poeta murió con su madre, veinticinco días después de cruzar la frontera francesa, hizo ahora cuarenta años.

Don Antonio Machado ha seguido tan solitario como siempre en su sepulcro republicano de Colliure. El otro día, sin embargo, se congregaron a su alrededor algo así como cien nostálgicos activos de su figura y de su obra. Entre los nostálgicos había algunos estudiantes de Universidad, algunos practicantes del Magisterio —Machado fue un maestro, y no sólo un maestro de poetas— y un solo escritor español: Camilo José Cela.

Para llegar a Colliure hacen falta alforjas. En este país se han dado muchas alforjas para la poesía, pero muy pocas a los poetas como Machado. En este caso, los que fueron a Colliure tampoco tuvieron alforjas oficiales, porque este país no estuvo oficialmente representado en el homenaje que Machado se mereció de los colliurenses.

Colliure es un pequeño pueblo turístico y de pescadores. Machado llegó a él, con su hermano José, con su madre y con su cuñada, en enero de 1939. Un joven ferroviario, que aún vive, le asistió y le ayudó a seguir en contacto moribundo con España, prestándole novelas de Baroja. La literatura no fue capaz de mantener a Machado con vida. Le faltaba otra parte esencial, capital, de su vida, que eran recuerdos de un viejo, ensangrentado, absurdo patio de España.

Ahora, Colliure vive mirando a Antonio Machado. No será fácil que los sevillanos arranquen de allí el sepulcro donde está enterrado el poeta. Tampoco será fácil el trasplante de coronas, esas flores con colores republicanos que se renuevan



Antonio Machado.

constantemente y que sitúan a Machado en un lado concreto del espectro.

Daba la impresión, contemplando la soledad que rodeó a Machado en Colliure en el cuarenta aniversario de su muerte, de que a medida que aparezca la normalización en España, va a ser menor el entusiasmo que antes despertaba la existencia de los versos del poeta. Machado fue útil y lo seguirá siendo para entender al país desterrado. Dejará de serlo para quienes hicieron de él una banderita o un disco.

El nuestro es un país de olvidos porque también es una tierra de celebraciones solemnes y tumultuosas. Cuando se cumplen las ideas que Machado quiso disfrutar, España se olvida de Machado. Antes, cuando se luchaba por acercar la vida a los ideales de Juan de Mairena, Antonio Machado era como un bastón sin punta sobre el que se apoyaban los que hoy descifran la voz de Machado como un camino deshecho, cubierto de olvidos, en el mapa Michelin.

Sin seguir ese mapa, Antonio Machado llegó a Colliure con dos camisas, una de las cuales era la de su hermano, el pintor. Cuando salía un hermano, el otro debía guardar cama. En España le han puesto luego muchas camisas a Machado, que murió sin ninguna.

En España, estos días, ha habido recuerdos políticos y ciudadanos para el poeta. La Fundación Pablo Iglesias —Iglesias dio alguna vez algún mitin en el que estuvo Machado, recordaba Umbral recientemente— puso al frente del que se celebró en Madrid el 22 de febrero, a Tierno Galván y a Nuria Espert. El homenaje de Sevilla —el patio en el que nació el poeta— fue más callejero y más soledad. En todas partes se ha querido llenar aquella soledad en que Antonio Machado murió y vive en Colliure. ■ SILVESTRE CODAC.